



Estudio que se Presenta a la XI Gran Convención de la Confederación Regional Obrera Mexicana

Por E. C. M., miembro del Sindicato de Dependientes del Comercio del D. F.



En la actualidad que todos los métodos y sistema de defensa proletaria; hoy que la experiencia rusa ha demostrado la poca utilidad del sistema ortodoxo marxista; ahora que la revisión de todos los valores sociales se encuentran nuevamente en estudio; hoy en día que el capitalismo plantea nuevos sistemas de defensa, como la N. R. A. yankee, es necesario fijar de una vez por todas las bases, generales indudablemente y susceptibles de ampliación, modificación y perfeccionamiento, que deben inspirar los actos futuros de nuestras Agrupaciones en particular y de nuestra Organización general.

Nuestra Organización, por razones políticas de todos conocidas y, a causa de traidores, por ninguno ignorados; ha sufrido desde hace algunos años, ataques sistemáticos que, fuerza es confesar y doloroso reconocer, han sacado de nuestras filas numerosos trabajadores, en su mayor parte engañados por promesas que hasta hoy no han visto y jamás verán cumplirse, sino que, por lo contrario les han llevado a condiciones peores a las que antes de ser defendidos por nosotros tenían, porque, si con anterioridad a la formación de nuestra Organización, sólo eran explotados por el patrón, su natural enemigo, desde que se separaron de nuestras filas, tienen dos amos: el antiguo patrón y su nuevo líder, aliados ambos en buena explotación.

En todos los movimientos sociales a que hemos asistido, bien como actores, ya como simples espectadores, hemos podido darnos cuenta exacta que se han realizado por unos cuantos en provecho de muchos menos. Que las mayorías en cuyo nombre se ha combatido, no han cambiado sino de nombre, por lo que a año toca, aunque han seguido en la misma categoría, por lo que a explotación respecta.

Hemos asistido y sufrido numerosas revoluciones y, en todas ellas, sólo hemos visto dos cosas: Minorías que, por la fuerza o la astucia llegan a apoderarse del poder, para después apoderarse de los derechos de las mayorías.

Y, el proletariado, al efectuar su revolución, debe hacer desaparecer la primera, haciendo que la mayoría sea la detentadora del poder, para concluir, con que tal

mayoría, sea la usufructuaria de los derechos o del derecho nuevo. Pero, para conseguir tal cosa, es necesario, en primer término, la ORGANIZACION, cuyos fundamentos depurados de todo elemento espúreo tenemos, gracias a traiciones y ataques y, en segundo lugar, lo que un insigne pensador proletario llamó "revolución permanente", es decir, la agitación, la educación, la idea continua de la lucha y su consecuencia lógica, el triunfo. En una palabra, no sólo es necesaria la organización, sino la renovación continua, porque nada hay más cierto que esa frase del poeta D'Annunzio: "Renovarse o morir!"

El socialismo tiene por fin, como se ha dicho y repetido hasta la saciedad, aunque no hemos de cansarnos de repetirlo, la emancipación de los trabajadores, sean éstos de la clase que se quiera, intelectuales o manuales, industriales o campesinos; porque trabajador debe considerarse a todo aquel que vive de su trabajo manual o intelectual, sin aprovechar en su utilidad, el trabajo personal de ningún otro, porque, el que tal hace, sea quien fuere, debe ser considerado tan sólo como un explotador.

En consecuencia, dentro de Nuestra Organización tiene y debe tener cabida, **TODO AQUEL TRABAJADOR QUE ACEPTE NUESTRAS TEORIAS Y TOME PARTE EN LA LUCHA POR LA EMANCIPACION.**

Pero, la emancipación sólo podrá realizarse **COMO OBRA EXCLUSIVA** de los trabajadores y bajo la condición de que éstos se gobiernen con **SUS PROPIAS FUERZAS.**

Y para que el proletariado pueda llegar a tal extremo, sólo tiene una vía: El llegar a la revolución social, que, únicamente por la violencia podrá implantarse.

En efecto, "el socialismo—decía Sorel—sólo puede subsistir mediante la apología de la violencia".

Pero, se preguntará, hasta el momento de la revolución en qué forma y dónde podrá realizarse la violencia?

Fácil es la respuesta: En las huelgas, siempre y cuando sean triunfantes, que allí es donde el proletariado se da a conocer y muestra su fuerza.

"La huelga, decía un Sindicalista revo-

lucionario francés, es un fenómeno de guerra y mienten con el mayor descaro los que aseguran que la violencia es un accidente llamado a desaparecer. A su vez la revolución, agregaba, sólo es un hecho extensivo de tal guerra, por lo cual cada huelga equivale a un combate aislado. Por eso los sindicalistas *deben* hablar de la revolución en lenguaje huelguístico".

Pero, la violencia, cuando tiene por origen causas distintas a las diferencias entre explotados y explotadores, cuando nacen de orígenes distintos a los de la lucha de clases y no son la expresión de ella, como las que ridículamente han pretendido realizar los Lombardo, los Pérez Medina y tantos otros, con el fin de aprovechar esas violencias, no con el fin de la revolución sino con fines personales, económicos o de notoriedad, ninguna razón tienen de ser, ni la tendrán jamás, en la historia del proletariado revolucionario.

Y no temamos, en ningún caso emplear la violencia en contra de la burguesía, porque ésta, aunque predica continuamente la idea de paz, de concordia, de cordialidad, nunca, nunca, cuando puede utilizar la violencia para fines propios se detiene un solo instante en seguir la acción al pensamiento.

Algunos interrogarán, ¿cuál es el fin de la violencia proletaria? El gran teórico del Sindicalismo Revolucionario, responde: "La Violencia proletaria tiende a encerrar a los patronos en subfunción de productores y a restablecer la estructura de las clases."

Y esta estructuración sólo puede hacer de los Sindicatos Revolucionarios. Y, en México, sólo pueden recibir tal nombre, nuestras Agrupaciones.

*Sin embargo, no debe olvidarse que, si la violencia proletaria es útil, benéfica y necesaria para la emancipación, es inútil, nefasto y perjudicial malgastarla, llevando a cabo huelgas inútiles o perdidas, que sólo gastan las fuerzas del proletariado y desmoralizan a los trabajadores, retrasando, en tal forma, el momento de la revolución, porque en éste, como en tantos otros, es cierta la sabiduría popular, al decir: Es inútil gastar la pólvora en infiermitos.

En contra del Sindicalismo Revolucionario